

# Un mundo sin miedo

## Parte 1 de 2

*“Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, nuestra segura ayuda en momentos de angustia.*

*Por eso, no temeremos aunque se desmorone la tierra y las montañas se hundan en el fondo del mar.”*

— *Salmo 46:1,2*

### **EN EL TRANCURSO**

de los siglos de existencia del hombre en la tierra, cientos de millones de personas han perdido sus vidas prematuramente debido a las guerras, e incluso algunos calculan que este número llega a mil millones. En la mayoría de los casos, al final de estas guerras, se esperaba que la agresión de una nación contra otra no se repitiera y que el mundo se librara del miedo de una vez por todas. De hecho, cuando los objetivos de dichos conflictos entre naciones se anuncian, una de las finalidades que suele declararse es ser libres de miedo. Este puede parecer un objetivo noble, pero cuando terminan las guerras, los corazones de casi todos los involucrados se llenan casi inevitablemente de un mayor miedo sobre el futuro. La imposibilidad constante después de casi todas las guerras de resolver las diferencias entre naciones ha llevado a, tarde o temprano, más conflictos y mayor miedo, no menor. Tal ha sido la historia de la humanidad.

Los miedos del mundo de hoy están profundamente arraigados en la imposibilidad de los líderes humanos de encontrar soluciones factibles para los problemas generados por el egoísmo y el odio. Hubo una época en la que los sabios del mundo les decían a las personas que la raza humana, por un proceso de evolución, estaba progresando a ritmo constante hacia un estado superior de civilización y que el miedo pronto sería algo del pasado. El mundo está mejorando, dijeron, y pronto tendremos una utopía de paz y buena voluntad, que ha sido el sueño de filósofos y la canción de los poetas. Como prueba de que este panorama radiante para el futuro estaba justificado, nos recordaban el progreso de la educación y nos decían que un mundo iluminado sabría bien que no se debe intentar resolver disputas internacionales mediante la guerra. También se nos pedía que consideremos los grandes avances de la ciencia, que estos también contribuirían con la paz duradera entre las naciones. Además, se decía que la religión estaba avanzando tan rápido en la tierra que pronto todo el mundo estaría pronto tan imbuido de la filosofía del Sermón en el Monte de Jesús que la guerra sería imposible. Lamentablemente, sabemos muy bien que todas estas afirmaciones y las muchas otras afirmaciones que se hicieron fallaron miserablemente.

## **UN MUNDO LLENO DE MIEDO**

Sin embargo, el miedo a la guerra es solo una de las muchas condiciones que infunde temor en los corazones de las personas en el mundo de hoy. Al acercarnos al cuarto de siglo en este nuevo milenio, muchos otros miedos asolan a las personas, las sociedades y las naciones. Abajo incluimos solo una lista parcial de algunos de estos miedos:

El miedo asociado a la división política y la polarización dentro de los países, en especial en el denominado mundo occidental, que ha llevado a disturbios y violencia en muchas naciones.

El miedo sobre lo que parece ser un conflicto y agitación constantes que surgen de Oriente Medio, y sus potenciales efectos en todo el mundo.

El miedo a un mayor deterioro de las relaciones entre las superpotencias del mundo, China, Rusia y Estados Unidos, que están todas vitalmente interrelacionadas entre sí a nivel económico y de otras formas.

El miedo a los efectos todavía desconocidos del desarrollo continuo de la Inteligencia Artificial (“IA”), y si la humanidad podrá controlar de manera segura su avance y uso.

El miedo a pequeñas naciones, gobiernos y líderes fuera de control, que aunque sean pequeños en comparación con las superpotencias del mundo, podrían causar estragos en segmentos significativos de la sociedad si no se mantienen bajo control.

El miedo, en general, a la incertidumbre financiera y económica continua a nivel regional, nacional y global.

El miedo a los efectos crecientes del cambio climático, en particular sus implicancias con respecto a la probabilidad de desastres naturales más impactantes, como devastadoras tormentas, incendios, sequías, terremotos o cambios sin precedentes en los patrones climáticos.

El miedo a enfermedades imprevistas, como se vio en los últimos años como resultado de la pandemia del coronavirus y sus devastadores efectos en el mundo.

El miedo a que las “guerras culturales” sigan aumentando, ya sea por moral, raza, religión u otras áreas, a una medida tal que la sociedad en general se volverá tan fragmentada y dividida que podría colapsar pronto sobre sí misma por falta de dirección.

Finalmente, hay miedo de que, de esta manera, los síntomas de problemas sigan aumentando a tal proporción y en cada dirección que la supervivencia de la humanidad esté en duda. Así es el estado del mundo lleno de miedo de la actualidad. Por eso, preguntamos: ¿Hay esperanza real de que el mundo se recupere y se elimine el miedo de los corazones del hombre?

## **NUESTRA ÉPOCA EN LA PROFECÍA**

Aunque las condiciones actuales de miedo y angustia han llegado a muchos en el mundo de manera inesperada, y a pesar de los reclamos de una civilización que siempre avanza, no ha sido una sorpresa para los estudiantes atentos de la Biblia. A lo largo de sus páginas, los profetas inspirados de Dios habían predicho estas condiciones. El profeta Daniel, por ejemplo, predijo esta misma era en la experiencia humana y la describió como “un período de angustia, como no lo ha habido jamás desde que las naciones existen”. (Dan. 12:1). Jesús citó esta profecía de Daniel y explicó que se cumpliría en la época de su Segunda Venida, o Presencia, y del fin del mundo.—Mat. 24:3,21,22, Versión revisada mejorada y corregida.

Jesús describió algunos de los detalles de este

período tumultuoso, diciendo que en la tierra las “naciones estarán angustiadas y perplejas” y los corazones de las personas fallarán por miedo al ver lo que va a sucederle al mundo. (Lucas 21:25,26). La referencia de Jesús al miedo que llenaría los corazones de las personas es suficiente para indicar que se estaba refiriendo a la actualidad, porque nunca antes ha habido una preocupación y ansiedad tan generalizadas de parte de la humanidad como ahora.

Cuando Jesús dijo que las naciones estarán angustiadas y perplejas, ilustró su pensamiento comparándolo con el bramido y la agitación del mar. Este es un símbolo muy acertado de las preocupadas e insatisfechas masas de la humanidad en la actualidad. Están intentando desesperadamente evitar el caos que temen que causará la irrupción marea de egoísmo humano y los instrumentos de destrucción proporcionados por la misma ciencia y tecnología que se esperaba que llevara al mundo hacia la paz y la buena voluntad.

El profeta David también predijo esta época que estamos viviendo. Como Jesús, él también comparó el caos del mundo con el incesante bramido y la agitación del mar, al golpear las clamorosas demandas de la gente y las naciones contra los bastiones de una civilización que antes se pensaba invulnerable. La profecía de David está dirigida a quienes tienen fe en la Palabra de Dios. Sobre esto declara: “Por tanto no temeremos aunque la tierra sea removida, y aunque se traspasen los montes al corazón de la mar. Bramarán, se turbarán sus aguas; temblarán los montes a causa de su braveza”.—Sl. 46:2,3.

“No temeremos”, declara el profeta. Como cristianos, no tenemos que temer lo que va a sucederle al mundo. Es decir, no debemos temer si nos familiarizamos con las profecías de la Biblia y tenemos fe en lo que declaran sobre hoy y mañana. La Palabra de Dios explica

la causa de la angustia actual del mundo y ofrece la única visión esperanzadora del resultado final de este oscuro período de miedo actual. Conocer el plan de Dios respecto del destino humano es tener paz y alegría en nuestros propios corazones. Nos pone en una posición de irradiar certeza tranquilizadora a otros a pesar del temor que nos rodea.

Según la Biblia, ¿cuál será el resultado de este tumultuoso período de miedo y angustia? Hace muchos años, se decía que la humanidad tiene una cita con el destino. Esto es verdad, pero Dios tiene el control sobre ese destino, y las implicancias son de tan amplio alcance que la imaginación se queda casi estupefacta cuando intentamos entenderlas. De manera breve, los hechos que se señalan en la Palabra de Dios son estos:

Estamos llegando al final de una era en el plan de Dios. Incluso más que eso, estamos llegando al final de un orden mundial. No será, como muchos suponían erróneamente, el final de la tierra. (Ecles. 1:4). En cambio, será el fin del dominio de Satanás sobre la tierra, que será suplantado por el reino de Cristo. El cumplimiento de muchas señales proféticas indica que estamos ahora viviendo en la época de su presencia invisible y la preparación para el establecimiento de su reino.

## **FINAL DE UN ORDEN MUNDIAL**

Cuando Jesús predijo las características de nuestra época, declarando que sería un período en el que los corazones de la gente estarían llenos de miedo, fue en respuesta a preguntas que le hicieron sus discípulos. Esas preguntas eran: “¿Cuál será la señal de tu presencia y del fin del mundo?”. (Mat. 24:3, RVIC, Traducción literal de Young, Biblia Enfatizada de Rotherham). Al citar estas preguntas, hemos usado una traducción correcta de las

palabras que usó Jesús. En la Versión King James de la Biblia, este fragmento se tradujo erróneamente como: “¿Cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?”. Sin embargo, los discípulos no estaban preguntando cómo podrían saber cuándo se acercaría el momento de la “venida” de Jesús otra vez. En cambio, preguntaban cómo sabrían cuándo habría regresado.

Cuando se entiende correctamente, la respuesta del Maestro a estas preguntas ofrece la explicación de las condiciones actuales del mundo y la esperanza genuina de mejores días venideros. Revela que estamos cerca del final de la edad actual en la historia humana. Esto, a su vez, significa que está llegando la hora en que se cumplirán las muchas promesas de la Palabra de Dios que hablan de las bendiciones de paz y alegría y vida que llegarán a la humanidad como resultado del próximo reino de Cristo, Señor de señores y Rey de reyes, por mil años.—Isa 11:9; 35:1-10; Rev. 17:14; 20:4,6.

Esto no significa que Jesús gobernará en la tierra como hombre. Su primera visita a la tierra fue como ser humano para, como él mismo explicó, poder dar su carne en la muerte por la vida del mundo. (Juan 6:51). Habiendo proporcionado los medios de liberación de la muerte mediante el sacrificio de su humanidad en la cruz del Calvario, se levantó de entre los muertos y recibió “gloria” e “inmortalidad”, un ser divino exaltado de la misma naturaleza que el mismo Creador, “a quien nadie ha visto ni puede ver”.—1 Ped. 1:21; 1 Tim. 6:16.

Mediante una interpretación demasiado literal de algunas de las profecías de la Palabra de Dios, se han desarrollado concepciones muy vulgares de la Segunda Venda de Cristo. Algunos han supuesto que, cuando volviera, se vería como un hombre suspendido en los cielos. Simultáneamente, habría tremendas turbulencias de

la naturaleza en los cielos y en la tierra, lo que empujaría en su destrucción cualquier cosa que el hombre haya podido lograr, incluso mediante el uso de armas nucleares.

Sin embargo, ahora vemos que las profecías que se usaron como fundamento para este concepto erróneo del regreso de Cristo describen simbólicamente las turbulencias de las instituciones creadas por el hombre y que han formado nuestra civilización. Es esto lo que las profecías describen como el fin del mundo, no el fin del planeta Tierra literalmente, sino lo que el apóstol Pablo describe como “este mundo malvado”. (Gal. 1:4). Jesús se refirió a Satanás, el diablo, como el “príncipe de este mundo”. Por lo tanto, el fin del mundo significa el fin del imperio de Satanás y el fin de su soberanía sobre las mentes y los corazones de los hombres.—Juan 12:31.

Todo cristiano debería alegrarse al ver cualquier evidencia de que el fin del mundo actual está cerca. Toda la humanidad se regocijará cuando se den cuenta de que el imperio de Satanás ha llegado a su fin. Entonces tendrán la oportunidad de convertirse en ciudadanos de un nuevo mundo: no otra civilización constituida por los seres humanos, sino un nuevo orden en el que la autoridad y las leyes serán las del reino de Cristo.

El mundo que está ahora llegando a su fin nunca ha sido totalmente satisfactorio, ni siquiera para quienes más se han esforzado entusiásticamente en perpetuar su existencia. Es verdad que ha habido cosas buenas en él, pero el pecado y el mal han predominado. La enfermedad, el dolor y la muerte han sido la indeseable herencia de todos. El odio y la guerra han arruinado la felicidad de las personas y destruido la paz de las naciones.

El miedo a lo que vendrá, ahora y en el futuro, ha ayudado a quitarles a los hombres y a las mujeres la

alegría que, al menos temporalmente, sería suya. Verdaderamente, como declaran las Escrituras, ha sido un mundo maligno, y cuanto más estudiamos sus características, más nos damos cuenta de que Jesús sabía de lo que hablaba cuando declaró que Satanás era su príncipe.

Todos podemos alegrarnos de que dicho mundo esté llegando a su fin y que, como declaran las Escrituras, su gobernante será encadenado y finalmente destruido. (Rev. 20:1-3,10). Jesús dijo que los que vivieran en esa época y que tuvieran fe en su Palabra, cuando vieran empezar a ocurrir lo que él predijo, debían levantar la cabeza con esperanza y regocijarse, porque el momento de su liberación, y la liberación de la humanidad, del pecado y la muerte estaría cerca.—Lucas 21:28.

## **ENEMIGOS DESTRUIDOS**

En una inspirada profecía del reino de Cristo dada por el apóstol Pablo, declaró que Cristo reinará hasta que todos los enemigos sean puestos bajo sus pies, y que el último enemigo que será destruido es la muerte. (1 Cor. 15:24-26). Esto indica que uno de los fines del reino de Cristo es la destrucción de los enemigos: enemigos de Dios, del hombre y de la justicia. Aunque la muerte será lo último en ser erradicado por el gobierno de Cristo, otros enemigos serán destruidos antes de eso. Entre los primeros de estos están las instituciones egoístas y pecaminosas que se interponen en el camino del reinado de justicia de Cristo. La destrucción de estas implica problemas y angustia temporales para las personas que han sido mantenidas como en esclavitud por ellas. Es esto lo que describe el profeta Daniel como “un período de angustia, como no lo ha habido jamás desde que las naciones existen”.—Dan. 12:1.

En la profecía del segundo salmo, Jesús es

denominado como el gran rey de la tierra que Dios ha designado para que gobierne. (Sl. 2:1-9). En el Nuevo Testamento, se profetiza además que, antes de comenzar su gobierno con poder y gloria, las naciones del mundo sufrirían un tiempo de “gran tribulación, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora ni la habrá jamás”. (Mat. 24:21). En relación con este derrocamiento predicho del orden mundial actual, en poco más que el siglo pasado, hemos visto la destrucción de muchas de las casas reales hereditarias que gobernaban Europa y el caos que generó en los asuntos del mundo. En la profecía de Jesús, él declaró que todas las tribus del mundo llorarían por estos eventos, y vemos este llanto hoy en todos los países del mundo.—vs. 30.

Sin embargo, podemos agradecer a Dios que esta angustia es solo temporal. El regreso de Cristo se diseñó para llevar paz y alegría a un mundo agonizante, y este será el resultado definitivo. Sin embargo, para lograr esto, se debe establecer un nuevo gobierno mundial, y esto requiere el derrocamiento del gobierno en el que Satanás ha sido el príncipe desapercibido y, en la mayoría de los casos, no reconocido.

¿Se han preguntado alguna vez por qué los líderes del mundo, con todas las ventajas de la cultura y la educación modernas, no han podido detener la caída en picada del mundo hacia la destrucción? La respuesta a esta pregunta se encuentra en las profecías de la Biblia. Una influencia divina ha intervenido en los asuntos de los hombres en preparación para el establecimiento de un nuevo orden, y se está ejerciendo gradualmente mediante la presencia invisible del Cristo divino.

El derrocamiento de las instituciones humanas de pecado y egoísmo, que han fomentado la opresión y la guerra, es solo el principio del trabajo del Cristo divino.

Es como el bisturí de un cirujano usado para salvarle la vida a un paciente agonizante. Durante seis mil años, la raza humana ha estado agonizando. La humanidad no ha podido encontrar un remedio para la herida venenosa del pecado que inflige muerte sobre todos. Ahora Cristo, el gran médico, ha venido a cambiar todo esto, y el primer paso necesario es poner a la humanidad, el paciente, en un nuevo entorno, y bajo leyes justas. Es la preparación para esto lo que causa la crisis actual de la autoridad humana en todas partes de la tierra.

## UN NUEVO DÍA

Los únicos que por ahora conocen el significado de lo que está ocurriendo en la tierra son aquellos que, por la fe, están preparados para aceptar el testimonio de la Palabra de Dios. Para ellos, las profecías de la Biblia son como la luz de un faro que les dice que, a pesar de estar atravesando el período más oscuro hasta el momento para el hombre, hay un glorioso nuevo día en el horizonte. Este será un día en el que bendiciones de salud, alegría, paz y vida radiarán de la presencia de Cristo, el nuevo rey: ese glorioso y divino gobernante descrito proféticamente como el “Sol de justicia” que “en sus alas traerá salvación”.—Mal. 4:2.

Pronto, creemos, toda la humanidad comenzará a darse cuenta de que hay un poder ejercido en los asuntos de los hombres que reemplaza al de todos los gobiernos constituidos humanamente. Esto se volverá evidente a través del fracaso continuo de los esfuerzos humanos de restablecer cualquier permanencia de la paz y la seguridad entre los hombres.

Los gobernantes del mundo de hoy todavía creen que son en mayor o menor medida los dueños del destino de la humanidad, y que su sabiduría y la impresionante

fuerza de sus capacidades militares podrán imponer la paz a las naciones. La forma de Dios de establecer la paz es todavía menospreciada por los sabios de este mundo. Sin embargo, a medida que todos sus esfuerzos continúen fracasando, gradualmente comenzarán a recurrir a una autoridad suprema para obtener ayuda.

El profeta Miqueas describe esto, que todavía es un desarrollo futuro en este crucial momento en el que estamos viviendo, de la siguiente manera: “Durante los últimos días, acontecerá que el monte de la casa de Jehová será establecido como cabeza de los montes y será exaltado sobre las colinas; y las personas fluirán hacia él. Y vendrán muchas naciones y dirán: ‘Vengan, subamos al monte de Jehová y a la casa del Dios de Jacob; y él nos enseñará sus caminos y andaremos por sus sendas; porque la ley saldrá de Sión, y la palabra de Jehová, de Jerusalén. Y juzgará entre muchos pueblos, y reprenderá a naciones fuertes desde lejos; y convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni aprenderán más de la guerra. Cada uno se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera; y no habrá quien los atemorice, porque la boca del Jehová de los ejércitos lo ha dicho”. —Miq. 4:1-4.

Esta es una profecía muy exhaustiva y reconfortante que, a la luz de los eventos actuales, pronto se cumplirá, para eterna alegría de toda la humanidad. Presten atención a la identificación del tiempo: “Durante los últimos días, acontecerá”. Esta expresión profética, los últimos días, no hace referencia a la tradicional idea de fatalidad ni de destrucción de esta tierra, ni tampoco del fin de la existencia humana en la tierra. Sí hace referencia a los últimos días del gobierno de Satanás sobre la gente, los últimos días de pecado y muerte, los últimos días de guerra, los últimos días de miedo y los últimos días de

todos los demás males que han plagado a la raza humana desde el Edén hasta ahora.

La parte 2 de nuestra lección aparecerá en la edición del próximo mes de *The Dawn*. En ella consideraremos muchas promesas reconfortantes adicionales de la Biblia sobre el venidero reino de Cristo y sus incontables bendiciones para toda la humanidad. Ciertamente, “el llanto puede durar toda la noche” mientras el mundo atraviesa su angustia actual, pero se nos asegura que la alegría y la liberación del miedo “vendrá a la mañana” del día del nuevo reino.—Sl. 30:5 ■